

El profeta de Israel y la fidelidad al *estilo de Dios*

The Prophet of Israel and God-like Faithfulness

Germán Ortiz Díaz¹

Resumen

El Profeta de Israel es una persona escogida y consagrada por Dios para comunicarle al pueblo el estilo propio de Dios. Es un personaje que se encuentra inmerso en la realidad propia de su historia y su geografía, y desde allí tiene que asumir -en medio de las propias ambivalencias y ambigüedades- los elementos claves para vivir la fidelidad a ese Dios, quien lo ha escogido y consagrado, para ser su voz en medio del pueblo. El profeta de la Biblia está capacitado -como *amigo de Dios* y *confidente de él*- para vivir su *vocación-misión* de proclamar su Palabra. Como escogido, tiene unas tareas que cumplir en su ejercicio profético: La primera es *anunciar el 'estilo de Dios'*. La segunda es la *denuncia de todo aquello que es traición al estilo de Dios* y la tercera tarea *presentar una alternativa-proyecto para vivir en fidelidad el estilo de Dios*. Aunque muchas veces anuncia destrucción y muerte y otras veces pestes y desastres, el profeta, es ante todo quien promulga el tiempo de Dios y trae un mensaje de renovación total. El profeta que actúa en conexión con el sentir de Dios, lleva consigo el mensaje de la salvación, que muchas veces está acompañado de dolor y de llanto.

Palabras Claves: Profeta; Profecía; Vocación; Misión; Anuncio; Denuncia; Proyecto.

Abstract

The Prophet of Israel is a person chosen and consecrated by God to communicate to the people the proper style of God. He is a character who finds himself immersed in the reality of his own history and geography, and from there he has to assume -in the midst of his own ambiguities and ambiguities- the key elements to live fidelity to that God, who has chosen him and consecrated him, to be his voice among the people. The prophet of the Bible is able-as a friend of God and his confidant-to live his vocation-mission of proclaiming his Word. As the chosen one, he has some tasks to accomplish in his prophetic exercise: The first is to announce God's style. The second is the denunciation of all that is God-like treachery and the third task is to present an alternative-project to live faithfully in God's style. Although he often announces destruction and death and at other times pests and disasters, it is the prophet who first promulgates God's time and brings a message of total renewal. The prophet who acts in connection with the feeling of God carries with him the message of salvation, which is often accompanied by pain and tears.

Keywords: Prophet; Prophecy; Vocation; Mission; Announcement; Denunciation; Project.

¹ Licenciado en Ética y Formación Religiosa de la Corporación Universitaria Lasallista de Caldas - Antioquia. Magister en Teología de la Pontificia Universidad Lateranense de Roma. Docente en el Programa de Teología y en el de Especialización en Estudios Bíblicos de la Fundación Universitaria Claretiana. Correo electrónico: germanortizquibdo@gmail

El punto de partida es definir qué es un Profeta para el pueblo de Israel, para la Biblia. Según la lógica bíblica, el profeta es una persona *elegida y consagrada para una misión*: comunicar al pueblo el *'estilo de Dios'*, a través de la Palabra de Dios: *"pondré mis palabras en su boca, y él dirá todo lo que yo le ordene"* (Cfr. Dt 18,18).

Hemos de partir de la siguiente idea: para el pueblo de la Biblia, el profeta es un hombre de Dios y esto le hace un personaje peculiar. Su vida está gobernada por el designio de Dios, por su voluntad. Él está llamado-invitado-interpelado a obedecer la propuesta de Dios. El profeta es, también, el hombre del Espíritu, pues su vida está orientada por la fuerza del Espíritu de Dios que le va mostrando el camino, le va indicando el sendero, que por lo general es contradictorio y conflictivo. El profeta es también el hombre de la Palabra de modo que su servicio al pueblo consistirá en ser anunciador del designio de ese Dios con el que tiene intimidad. Su tarea es indicar, señalar, mostrar al pueblo el camino por el cual debe transitar en fidelidad al Dios libertador del Éxodo.

Desde siempre, Dios ha actuado en favor de su pueblo, el pueblo de Israel: *"serán mi propiedad exclusiva entre todos los pueblos, porque toda la tierra me pertenece"* (Cfr. Ex 19,5). Es en este pueblo donde surge la experiencia profética que es tema de estudio en este artículo. Fue el Israel bíblico el que favoreció el surgimiento y la presencia activa del profetismo: *"Y he hablado a los profetas, y aumenté la profecía, y por medio de los profetas usé parábolas"* (Cfr. Os 12,10). De esa manera el profeta, como amigo de Dios y como mediador de su voluntad, expresa de manera radical cuándo se vive en fidelidad el *estilo de Dios*, o cuándo se traiciona dicho estilo. La profecía también está supedita al cumplimiento. En ese sentido profecía y profeta se juegan su credibilidad: *"Si ese profeta habla en nombre de Yahveh, y lo que dice queda sin efecto y no se cumple, es que Yahveh no ha dicho tal palabra; el profeta lo ha dicho por presunción; no le tengas miedo"* (Cfr. Dt. 18,22).

El profeta de la Biblia, está capacitado -como *amigo de Dios y confidente de él*- para vivir su *vocación-misión* de proclamar la Palabra de Dios. Esta proclamación tiene unas dimensiones concretas que el Profeta está llamado a respetar y a seguir. La primera tarea del Profeta es *anunciar el 'estilo de Dios'*. La segunda ocupación del profeta es la *denuncia de todo aquello que es traición al estilo de Dios*. El tercer afán del profeta, por lo que se desvive, hasta el punto de dar su propia vida, es *presentar una alternativa-proyecto para vivir en fidelidad el estilo de Dios*.

Se abordará al profeta bíblico, según nos los dice Sicre (2014) *"desde una perspectiva humana, divina, personal y social"* (p. 33). Nos encontraremos con el profeta en su realidad concreta, en su realidad humana. Dios se sirve de hombres y mujeres concretos y con estos hace la Historia de la Salvación. Dios siempre sabe entrar en la dinámica humana.

1. Etimología de la expresión Profeta... su vocación-misión

La palabra profeta es la traducción griega del término hebreo *'nabi'*. Analizamos, primeramente, la palabra hebrea y después la griega, para captar la hondura del significado y la forma cómo se usó en el Israel bíblico, dicha palabra. El primer acercamiento es al término hebreo *'nabi'* que lo hacemos con base en el estudio de De la Torre (2003):

"Dicha palabra es de origen extranjero y la opinión más probable sostiene que se trata de un vocablo derivado del acádico nabu' que tiene el sentido de 'el que ha sido llamado' (¿por la Divinidad?), 'el que tiene una vocación'. Las formas verbales que del término se originan tienen un doble sentido: anunciar y enloquecer. En este último sentido frecuentemente se equiparan, 'ser nabi' y 'portarse como loco' (Cfr. Jr 29,26; Os. 9,7; 2 R 9,11). En 1 Samuel se atestigua que, en medio de los profetas, Saúl cae en trance y los que le conocen de toda la vida se sorprenden de verlo profetizar (1 S 10,10-11). En 1 S 19,20 los emisarios de Saúl caen en trance y en 1 S 18,10 profetizar es sinónimo de delirar. De estos testimonios, por tanto, se puede deducir que existe, en la mentalidad de los contemporáneos, una cierta afinidad entre éxtasis profético y locura" (De la Torre, 2003, p. 18).

Acercarnos a la definición de la palabra profeta, que es de origen griego, y que es, en definitiva, con la que se ha familiarizado la tradición cristiana a lo largo de los años, es importante para avanzar en esta experiencia de investigación. Esta entrada a la expresión profeta lo haremos a la luz de la investigación de Pongutá (2008).

“El término profeta, a través del latín, deriva del griego y tiene dos componentes: pro-fêmi [προ - φημί]. La segunda parte contiene la raíz verbal y ofrece la acción de decir, hablar, comunicar. La primera parte, la partícula pro, puede tener tres funciones: temporal, local y sustitutiva. Con la función temporal de la partícula, el término indicaría la acción de decir antes, predecir; con la función local, se expresaría la acción de hablar delante de (= en público de manera oficial); con la función sustitutiva indicaría que quien habla o dice, lo hace en lugar de otra persona, en vez de, en el puesto de”. (Pongutá, 2008, p. 44).

El profeta al ser escogido, nombrado, consagrado y enviado por Dios, tiene por compromiso y tarea anunciar solo la Palabra que ha recibido de Dios. Esta es la tarea existencial que hará el profeta, dándole forma y estilo propio. No existe la profecía que no tenga la característica propia del profeta que la proclama. La profecía toma la forma concreta, el imaginario propio, el estilo particular del profeta mismo.

Este artículo estará delimitado a estudiar el sentido griego de la palabra profeta. De esta manera, y en relación a las funciones que emana de la partícula *pro*, se trata de abordar cada una de las funciones proféticas descritas en el párrafo citado, que es elaboración investigativa del Profesor Pongutá (2008). Nos concentramos en *“La acción de ‘decir antes’, la acción de hablar ‘delante de’ y hablar ‘en vez de’, ‘en el puesto de’, ‘en nombre de’...”*. Estos elementos permitirán entrar en la estructura profética, captar la lógica profética y ahondar en la dinámica profética que presenta la Biblia. La comprensión de los elementos caracterizantes de la profecía, sigue siendo una verdadera ayuda para los cristianos y cristianas de hoy, que les conduzca a asumir la realidad profética como estilo particular de vida y como dimensión propia del ser bautizados.

1.1 Predecir... La acción de decir antes

Los seres humanos estamos marcados por la temporalidad. Estamos inmersos en una historia y ubicados en un lugar de la geografía. El ser humano es un ser histórico-geográfico. Sólo es dueño de su presente. Podemos decir que este tipo de definición pertenece al ámbito puramente filosófico. Los filósofos no solo hablan de lo temporal, sino también, de lo corruptible, lo cambiante y, por consiguiente, de la eventualidad de las cosas. El filósofo desde su temporalidad, de ese momento de su existir, dice algo a los demás.

El profeta también es hijo de un tiempo, de un lugar. La historia y la geografía marcan su vida. Pero en su relación con la divinidad, en fidelidad con el Dios original de Israel, el profeta no titubea en decir o en predecir lo que ha escuchado en su relación de intimidad con *Yahveh*. El profeta *“tiene su eje en la idea de que da comunicación de Dios, al mundo, por la palabra humana”* (González et al., 1976). Ahora bien, lo que se debe entender en cuanto al acto temporal (decir antes, predecir) es el actuar del profeta en un momento determinado de la historia humana. El profeta actúa desde el presente, en el cual, tiene *“...el coraje de pronunciar las palabras adecuadas para expresar el carácter de Dios”* (Beauchamp, 1988, p. 18). De este modo, Dios irrumpe con su Palabra, emitida por el profeta, al pueblo elegido.

Para Israel, como para todos los pueblos de la tierra, existe la misma división del tiempo en pasado, presente y futuro. El profeta ayuda al pueblo para que el pasado vuelva a la memoria, desenmascarando las injusticias, -las fallas y el pecado-, del presente y se pueda modelar, desde la corrección del presente, el futuro que está por llegar y en el cual, el pueblo ha de vivir con seriedad la tarea responsable de su construcción.

Dios se hace presente en la historia. Dios acontece para liberar al pueblo de todo acto de injusticia, de opresión y de muerte. La acción profética manifiesta a un Dios que toma partido abiertamente por los pobres y oprimidos, por los débiles y desheredados, por aquellos a los que los sistemas de poder han condenado a la invisibilidad. Dios, siempre, se manifestó en medio de la historia de Israel. Muchas veces el pueblo sintió hambre de la Palabra de Dios, la buscó y no la pudo encontrar, en ese sentido el pueblo experimentó la ausencia de los profetas (Cfr. Am 8, 11-12). Pero Dios, que es fiel, suscitó nuevamente profetas, para guiar a su pueblo: “*Yo suscité profetas entre vuestros hijos, y nazireos entre vuestros jóvenes. ¿No es así, hijos de Israel?, oráculo de Yahveh*” (Cfr. Am 2,11).

Aunque el profeta de Israel, muchas veces anuncia destrucción y muerte, y otras veces pestes y desastres (Cfr. Is 58,1), es ante todo quien promulga el tiempo de Dios y trae un mensaje de renovación total (Cfr. Jr 28,9). El profeta que actúa en conexión con el sentir de Dios, que es fiel a su voluntad, lleva consigo el mensaje de la salvación, que muchas veces trae dolor y llanto. “El profeta que sale de la privacidad, se convierte en mensajero de la Palabra de Dios, en el que promulga el proyecto que Dios quiere para su pueblo” (Hernández, 1994, p. 35). Esta Salvación es obra de Dios (Cfr. Sal 91; Os 13,4). No salvan al pueblo los ídolos (Cfr. Is 45,20; 46,7), tampoco salva el ser humano (Cfr. Is 26,18). Pero al pueblo le tocó entender que Dios salva a través de mediaciones humanas. Esto será lo más complejo para el pueblo de Israel, comprender la lógica de esas mediaciones, como el camino que tiene el Dios de la revelación, para manifestarse a los hombres y mujeres de todos los tiempos.

1.2 El acto-gesto de hablar delante de...

La palabra del Profeta era recibida por el pueblo de Israel (Cfr. Ag 1,12). Este pueblo fue testigo de la acción profética, de los *'elegidos de Yahveh'*. Lo que el profeta quería comunicar de Dios, al Pueblo, solo se decía en la historia. Dios se expresa al ser humano en términos humanos e históricos. No hay otra forma. A diferencia de los otros pueblos, Israel logra desarrollar una visión histórica con base en su experiencia religiosa. Esta historia del pueblo de Israel siempre estuvo animada y conducida por aquellos que hablaban en nombre de Dios: los líderes del pueblo y los profetas. Para el pueblo elegido la *historia es el espacio de la revelación y de la salvación*. Los profetas son, podríamos así decirlo, expertos conocedores de la historia de Israel. Por eso ellos ayudarán al pueblo para que no olvide su historia, haciendo que la comunidad la medite y desde ella descubra las grandes lecciones de salvación que, a lo largo de la historia, Dios ha propuesto a su pueblo siempre amado.

Pero se necesita que alguien hable, que alguien denuncie el pecado del pueblo, esa realidad que separa a los seres humanos de Dios (Cfr. Is 59,2). Se necesita que alguien desenmascare el pecado, el delito, la culpa, la abominación, ya sea individual o colectiva, que daña la relación de la persona con Dios. Los profetas constantemente apelan a la responsabilidad colectiva del pecado. Hacerse responsable del pecado, en cuanto es un acto libre, es el camino serio y verdadero de comenzar un proceso profundo de conversión, que producirá la justicia y la vida a nivel personal y comunitario. Es así como se puede comprender al profeta como centinela. Él ofrece la Palabra de Dios al pueblo, que está invitado, bajo los parámetros de libertad, a escuchar si así lo decide. Algunas veces el pueblo escuchaba las palabras que emitía el profeta y las hacía vida. Otras veces no, volviéndose contra el profeta con violencia. El profeta tiene que ser consciente de las contradicciones que genera su oficio, sobre todo, cuando coloca al descubierto los signos de injusticia, violencia y muerte que se producen en todas las esferas del pueblo.

El profeta es el hombre de la autoridad que *'habla delante de'*. Que pronuncia, el mensaje de salvación, al pueblo que Dios mismo ha escogido como su heredad. El profeta, al hablar delante del pueblo, expresa la Palabra de Dios sobre los problemas de la comunidad local, para que tomen conciencia de sus acciones y para que estos, a través de un cambio de conducta, un cambio de vida, regresen a Dios. En sí, el acto de *hablar delante de*, es expresión de que el profeta lo hace ante una comunidad específica y concreta, en contra de toda acción no auténtica, de toda acción que desdice los planes y proyectos de Dios, de todo aquello que va en contra del *'estilo de Dios'*.

El profeta se pronuncia delante del pueblo, delante de la comunidad, por mandato de Dios. Él es el mensajero de los designios de Dios. Es el encargado de revelar los planes de Dios para su pueblo. El Profeta cumple una misión, cumple un encargo, no actúa por iniciativa propia, sino que responde al llamado, a la vocación y consagración que ha recibido del mismo Dios, que en definitiva es quien lo acredita.

1.3 El profeta habla o se pronuncia, en lugar de Otro, 'en vez de', 'en el puesto de', 'en nombre de'...

El profeta es llamado por Dios, es convocado por Él, para cumplir una misión, para que lleve adelante una tarea, un encargo. La Palabra que el profeta pronuncia, no es una palabra de iniciativa propia. No habla en nombre propio. El profeta es apenas un sustituto de Alguien. Él, habla en lugar de Otra persona al pueblo de Israel. Su actuar proviene de Dios mismo.

El pueblo de Israel tiene la obligación de escuchar a aquel que habla en nombre de Dios. El profeta verbaliza la Palabra de Dios y el pueblo es invitado a escucharla. *"No será tarea fácil unir estas dos realidades... Palabra de Dios que pronuncia al pueblo, oídos atentos de un pueblo que escucha"* (González et al, 1976, p. 33). El pueblo está invitado a hacer una escucha de acogida, de aceptación para entrar en la lógica de Dios, para vivir 'su estilo'. Aceptar la palabra profética, es aceptar a Dios mismo, quien habla a través de una mediación histórica. Acoger esta palabra de salvación, exige una transformación profunda de la estructura personal, que apunta de inmediato a la consolidación de un mundo más justo y humano, según el querer de Dios. Podemos decir de manera contundente que toda la tarea profética apunta a la humanización.

El profeta es el primero que escucha la palabra de Dios. Esta escucha reorienta su vida y lo coloca en el horizonte de los que viven en fidelidad a Dios. Así, se convierte en testimonio histórico-existencial del mensaje que predica. El profeta hace creíble, con su propia vida, lo que anuncia al pueblo. No se puede escuchar la Palabra de Dios sin que se produzca un cambio profundo en la vida de la persona. El profeta es el primer testigo de la transformación profunda que hace la Palabra de Dios en la vida de un individuo. El profeta que es el *"portavoz de los designios de Dios, es además para el pueblo intercesor; es centinela que da la voz de alarma, es fiscal que denuncia, defensor del inocente"* (González et al, 1976, p. 59). Estas características tan marcadas y claras, de su vocación, lo colocan de inmediato fuera de toda institución y se convierte en defensor de la causa de Dios, aun enfrentándose a los poderes más fuertes de la historia. No es fácil vivir la vocación profética, en cuanto vivirla a plenitud, es decir en la lógica de Dios, acarrea al profeta los mayores signos de contradicción. Ser profeta es un acto que encarna peligro. Vivir la dimensión profética con hondura existencial, es un don de Dios. Esta tarea requiere la compañía y el auxilio de Dios para poder darle sentido a los signos de contradicción que generan la alternativa profética. Las tres funciones esenciales derivadas de la preposición 'pro' le dan sentido profundo y lógico al término profeta: *'hablar en vez de', 'ser portavoz de',* o también *"'hablar ante alguien', 'hablar en voz alta'"* (Abrego de Lacy, 1993, p. 26). Es importante tener en cuenta que una cosa es la acción que realiza el profeta en medio del pueblo de Israel y otra cosa es la persona y la personalidad del profeta. En medio de las más grandes contradicciones, siempre, existió en el pueblo de Israel una grande coherencia entre la palabra pronunciada y la palabra testimoniada con la vida del profeta. Más no se puede olvidar a los falsos profetas, que contradicen la lógica que aquí se ha expuesto.

2. El profeta, hombre de Dios... hombre del pueblo

La vena profética en Israel transversaliza toda la Escritura. El primer Testamento está lleno de testimonio de innumerables profetas que, enriquecieron la fe del Israel bíblico con la palabra que pronunciaron. El profeta es la persona elegida para una misión, tiene el encargo de hacer una obra de *anuncio, denuncia y de revelación del plan de Dios*, por mandato divino. El profeta es una persona con

autoridad divina. Esta autoridad divina, que recibe el profeta, no anula en él, ser una persona común, un ser mortal, frágil y cambiante, e incluso un ser de costumbres que puede adaptarse a cualquier espacio o circunstancias. Muchas veces las más complejas. Pero en medio de todas estas realidades, se ha de reconocer que el profeta es un hombre de Dios. Y como hombre de Dios es el que se hace responsable de lo que Dios le encomienda hacer y decir. Es el portador de un mensaje a un pueblo concreto, en un tiempo determinado, en una geografía precisa. El profeta recibe el mandato de parte de Dios bajo el signo de lo concreto de un pueblo, de un tiempo y de una geografía. Por eso cuando él habla, o actúa, lo hace en nombre de Aquel que lo ha enviado. Todo cuanto hace, lo hace en virtud de la autoridad de Dios. Y lleva su mensaje a los hombres y mujeres con la lógica histórica propia de esas personas.

El profeta *"...es el hombre de la Palabra"* (Pungutá, 2008, p. 147). No de una palabra cualquiera, sino de la Palabra de Dios, que por iniciativa de Dios mismo es revelada al profeta que está en relación íntima con él. Posteriormente esta Palabra de Dios, es transmitida a la comunidad en palabra humana.

El acontecimiento profético siempre se da por iniciativa de Dios. Es decir, la acción ejecutada por el profeta en medio del pueblo de Israel, es a partir de un llamado o de una convocación de parte de Dios para llevar a cabo una misión. El actuar del Profeta como hombre de la Palabra de Dios, se debe a un vínculo existente entre Dios y el profeta, a una intimidad, a una relación profunda. Esta relación de intimidad, de familiaridad crea o produce en el profeta la necesidad, el impulso, el coraje de pronunciar las palabras o designios de Dios para con su pueblo. *"Del vínculo con la Palabra de Yahvé, la que el profeta recibe y la que él dice transmitir de parte de Yahvé, depende toda la vida y la acción del profeta"*. (Pungutá, 2008, p. 147) y esa palabra transmitida por el profeta no es otra cosa que Dios mismo comunicado al pueblo elegido.

El profeta es un mediador. Ya en los pueblos antiguos se divulgaba la idea de que los dioses podían acercarse a los hombres y mujeres a través de la comunicación. Pero esta comunicación era posible a través de unos "personajes especiales". Personas capaces de interpretar las cosas del dios o de los dioses, logrando establecer *"el puente entre el mundo divino y el humano"* (Sicre, 1998, p.67). A estos personajes se les consideraba mediadores. Del mismo modo, en el mundo israelita se concibe la idea del profeta como mediador entre Dios y el pueblo.

Estos mediadores eran los que daban a conocer la voluntad de Dios, y a ellos podían acudir los miembros del pueblo, para comprender lo que Dios quería; para captar cuál era su voluntad. Porque *"si de conocer la voluntad de Dios se trataba, solo era posible acudiendo al profeta"* (Sicre, 1998, p.68). El profeta transmite los designios de Dios al Pueblo elegido, así como Moisés en el pasado. El profeta, al ser el hombre de Dios, será aquel a quien el pueblo tiene la tarea de escuchar. El profeta se constituye en el intermediario entre Dios y el pueblo elegido. El profeta comunica a ese pueblo lo que Dios quiere, la voluntad salvífica. *"El profeta es, entonces, un mediador de la locución de Dios. Él, como Moisés, recibe la palabra, la humaniza y la trasmite a Israel. Gracias a esta mediación, se elimina la distancia y se hace posible la comunicación de Dios con su pueblo"* (Pungutá, 2008, p. 35).

Desde siempre Dios se ha comunicado a la humanidad. En su designio de amor, Dios se revela por propia iniciativa. A lo largo de toda la revelación Dios ha hablado a los hombres y las mujeres. Dios se ha relacionado con la humanidad a través de diversas mediaciones. Antiguamente por medio de los profetas, pero la mediación definitiva se torna plena en el Hijo de Dios. En Jesucristo la comunicación de Dios se hace total y eficaz, en cuanto afecta la realidad y en la medida que se opone al mal en el mundo. La Carta a los Hebreos 1,1 lo expresa de manera solemne:

"Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos; el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tanto mayor cuanto más les supera en el nombre que ha heredado".

La profecía es la experiencia de una palabra encarnada a lo largo de los siglos. Dios fue haciendo presencia en la historia del pueblo. Se fue manifestando y se fue revelando de manera procesual. Dios siempre tomó la iniciativa y fue dando a conocer a su pueblo, su plan de salvación. En todo este camino, jugaron un papel de mucha importancia los Profetas. Ellos fueron preparándolo todo, para recibir al Hijo, quien revelaría, en definitiva, *quién es Dios, quiénes son sus predilectos y cuál es el camino por el que hay que seguirle*.

El Profeta posibilita la cercanía entre Dios y el ser humano. *“Un profeta cubre en cierta manera la distancia entre Dios e Israel; él hace posible la comunicación de Dios al hombre”* (Pungutá, 2008, p. 10). Este acto de comunicación tiene que ser entendido como el puente que une el mundo de Dios con la humanidad, porque en el fondo, el profeta al ser llamado y consagrado, lo es para comunicar la Palabra de Dios. El profeta recibe esta Palabra de salvación y está obligado a comunicarla. El profeta ha de estar muy atento para que la Palabra de Dios sea la verdadera protagonista de la acción profética. El profeta en Israel, como mensajero y responsable de una palabra en la historia, ofrece todo cuanto es y cuanto tiene para llevar este mensaje de salvación al pueblo entero.

Hay un elemento en la profecía del que vale la pena hacer un pronunciamiento: El cuerpo como gesto profético; es decir, el cuerpo como una manera particular de hacer profecía. El profeta bíblico expresa a través de su propio cuerpo, como mensaje vivo y encarnado, como relato histórico, la voz de Dios. A través de su propia humanidad el profeta presenta a Dios. Muchas veces ese lenguaje rompe las lógicas sociales, religiosas y morales que estaban establecidas.

Citar algunos casos en que la profecía es una palabra hecha carne, que a los ojos de la gente tiene tanto de vergonzoso que pareciera ir contra todas las lógicas establecidas, ayuda a comprender que ser profeta no es nada fácil. Por ejemplo: El cuerpo desnudo de Isaías es una profecía fuerte, que rompe todos los esquemas de la idea tradicional -y falsa por demás- de la profecía de la que se ha hablado. Ubiquémonos en la profecía de Isaías:

Dijo Yahveh: Así como ha andado mi siervo Isaías desnudo y descalzo tres años como señal y presagio respecto a Egipto y Kus, así conducirá el rey de Asur a los cautivos de Egipto y a los deportados de Kus, mozos y viejos, desnudos, descalzos y nalgas al aire - desnudez de Egipto” (Cfr. Is 20,3-4).

Otro caso, que merece atención, es el ejemplo de Oseas, su gesto profético y paradigmático de casarse con una prostituta y generar hijos de prostitución:

Yahveh me dijo: ‘Ve otra vez, ama a una mujer que ama a otro y comete adulterio, como ama Yahveh a los hijos de Israel, mientras ellos se vuelven a otros dioses y gustan de las tortas de uva: Yo me la compré por quince siclos de plata y carga y media de cebada’ (Cfr. Os 3,1-2).

Jesús mismo, a través de su cuerpo, su pasión y su muerte, expresa no solo la voz de Dios, sino que revela a Dios tal cual es. El soldado romano, reconoce en el cuerpo crucificado y ensangrentado de Jesús, la revelación plena de Dios: *“Al ver el centurión, que estaba frente a él, que había expirado de esa manera, dijo: ‘Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios’”* (Cfr. Mc 15,39).

La experiencia del cuerpo, la historia cruda y muchas veces fuerte del profeta... su propia vida, expresan una sola cosa, que termina siendo fundamental a la hora de comprender la profecía: la profunda relación que tiene Dios con su pueblo. Una relación en la que la humanidad queda vinculada. Dios asume al pueblo con todas sus consecuencias. Pero el profeta vive, también, todas las consecuencias de la llamada divina que recibe.

Para terminar este apartado, es importante indicar, una última cosa, que el profeta bíblico camina por una lógica diferente a la de los otros profetismos que ha conocido la historia de las religiones. El profeta de Israel logró pasar de una idea de profecía como un asunto *“de una palabra buscada por el hombre, a una palabra enviada por Dios”* (Sicre, 2014, p. 60). También el profeta de Israel no se siente privilegiado por eso logró superar la idea de la profecía entendida como *“el descubrimiento de un*

enigma al descubrimiento de una misión" (Sicre, 2014, p. 60). La tarea profética, asumida con criterio y con altura ética, le hará pasar *"de la búsqueda de seguridad personal al choque con una responsabilidad"* (Sicre, 2014, p. 60). Logrando, en definitiva, entrar en la lógica profética al servicio de la comunidad, pasando *"del interés personal a la responsabilidad frente a los demás"* (Sicre, 2014, p. 60).

3. La mediación profética en el pueblo de Israel

Nos acercamos ahora a la mediación profética, haciendo una distinción entre esta y el mediador profético. Ya hemos presentado al mediador, es decir, el profeta; ahora nos focalizaremos en la mediación profética. Pero, ¿qué es dicha mediación para el pueblo de Israel?

La mediación profética se refiere a las realidades concretas que hacen posible que el profeta desarrolle su vocación y su misión. Son las condiciones para que el hecho profético se realice y en el caso de Israel están referidas a: *el anuncio, la denuncia y el proyecto* (mirada de futuro). Estas tres realidades siempre están al servicio de la Palabra de Dios que el Profeta debe proclamar.

La mediación profética solo se comprende desde la experiencia de la fe. Desde la experiencia y relación con Dios. Ya hemos mencionado que la llamada realizada al profeta, es una iniciativa de Dios. ¡Solo de Dios! Dios es quien da el primer paso, quien toma la iniciativa para acercarse a la vida de los seres humanos, para acercarse al pueblo, y comunicarse así mismo, por medio de la palabra humana. El profeta, recibe la Palabra y la humaniza. Cuando el profeta recibe la Palabra de parte de Dios, y la acoge existencialmente en su vida, queda autorizado para comunicarla. El profeta no puede quedarse con la Palabra que le ha sido revelada. Por iniciativa y mandato de Dios se convierte en el representante de la Palabra que se anuncia al pueblo.

La Palabra revelada al profeta, y acogida por él, se pronuncia en nombre de Dios en un tiempo, en un espacio y a un pueblo concreto. Pero, todo ello es posible gracias a la respuesta en libertad dada por el Profeta. Si el profeta se resiste a aceptar la invitación de Dios, la Palabra no llega al pueblo. La Palabra no llega a la vida de los hombres y mujeres. El profeta se convierte así en el hombre de la Palabra y mediador a la vez.

La Palabra de Dios es el centro y protagonista del anuncio profético, que es la verdadera Palabra de Dios, transmitida al pueblo, de forma humana. En la Palabra que el profeta anuncia por parte de Dios está toda la exigencia al pueblo elegido, que es la misma de siempre. Es un mensaje antiguo de Dios que mantiene su novedad. Los criterios de Dios que, cumplidos en fidelidad, dan vida al pueblo, establecen nuevos modelos de relaciones y hacen posible la organización social con otra lógica, con otro esquema.

El Profeta tiene una tarea singular y gravísima en el pueblo de Israel: ha de saber traducir y comunicar el mensaje de salvación. De frente a la Palabra de Dios, la gran tarea profética consistirá *"en captarla, interpretarla, formularla y comunicarla al oyente"* (González et al., 1976, p. 13). Con la mediación, el profeta expresa el sentir de Dios a Israel, exigiendo a este pueblo un cambio radical de vida. La mediación profética es la Palabra de *Yahveh*, en la cual, se manifiesta su verdadero carácter. Este carácter se expresa en el profeta como un anuncio, una denuncia y un proyecto que revela a Dios como única fuente de vida.

3.1. La ley de Dios es el centro del 'anuncio' profético

Es importante remachar sobre quién es el que recibe la Palabra y de parte de quién lo hace. En ese sentido queda claro que lo que se anuncia tiene un carácter mayor, un principio superior.

"...el profeta es un hombre que tiene una experiencia inmediata de Dios, que ha recibido la revelación de su santidad y de sus deseos, que juzga el presente y ve el futuro a la luz de Dios y

que es enviado por Dios para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por la senda de la obediencia y de su amor” (Carrillo, 1986, p. 13).

Para el Primer Testamento, Moisés es *el profeta* de los profetas de Israel. Él tuvo una experiencia inmediata y directa con Dios, la cual vivió en el desierto del país de *Madián*, mientras cuidaba el rebaño de su suegro *Jetró*. Fue en esa realidad concreta en la que Dios lo escogió y lo consagró como profeta para el pueblo de Israel. El profeta es la persona escogido y consagrada por Dios, para una misión concreta, en un tiempo concreto. Dios no se fabrica hombres o mujeres especiales. Dios toma de entre el pueblo a quienes él necesita, para encomendarles una tarea, una misión. Moisés no es el hombre de la denuncia como lo fue el profeta Amós. Él es el mediador entre Dios y el pueblo de Israel; es quien debe anunciar el querer de Dios tanto al pueblo elegido como al pueblo egipcio que tiene a los israelitas sometidos en esclavitud. Pues, *“los hijos de Israel prosperaron y se multiplicaron, pero también despertaron envidias y, a medida que los faraones se iban sucediendo, terminaron por perder la privilegiada posición de que gozaban”* (Carrillo, 1986, p. 36). Esta pérdida de credibilidad por parte de los israelitas, entre los habitantes del pueblo egipcio, los condujo a la opresión, al maltrato y a la desigualdad entre los egipcios.

Llegó un momento en que el pueblo de Israel no pudo más con la opresión que le imponía el Faraón de Egipto, y en su estado de sufrimiento clamaron a Dios. Su clamor fue tan grande y sincero que Dios se manifestó. Su manifestación, es decir, *el dejarse ver, de Dios*, fue a través de un hombre. Por medio de Moisés, Dios los liberó de la opresión y los condujo a un lugar de prosperidad y felicidad. Los condujo a la tierra prometida. *“El ángel le comunicó que él era el elegido para liberar a los hijos de Israel y conducirlos a una tierra donde manaba la leche y la miel”* (Carrillo, 1986, p. 39).

En Moisés Dios suscita un profeta que anuncia al pueblo su designio de salvación. Moisés ofrece al pueblo el proyecto de humanización diseñado por Dios: la liberación. Dios se deja ver de Moisés, su elegido, con quien hablaba cara a cara (Cfr. Nm 12,8), y a través de esa revelación, se comunicó al pueblo en aquel tiempo. Por esta autoridad recibida de Dios, Moisés queda capacitado para acercarse tanto a los ancianos del pueblo de Israel, como a las autoridades faraónicas, para comunicarles los deseos de Dios y para revelarles a Dios mismo.

En el desierto, Moisés escucha por vez primera la voz de Dios. Después de esa experiencia inmediata con él, Moisés es elegido como profeta. Él es el portador de la Palabra de Dios, Palabra que es activa y eficaz en la historia; Palabra que produce la liberación, que rompe las cadenas, que dignifica a la persona humana, que hace posible la organización social en otra lógica. Esta es la profecía que Moisés anuncia. Esta es la profecía encargada al hombre mediador que conduce al pueblo a la plena libertad. La libertad es don y gracia de Dios que es Padre y sostenedor de Israel. El Dios que Moisés reconoce en la revelación, es el Dios que él anuncia a sus hermanos.

Moisés es el hombre de la acción y de la liberación. Su manera de proceder es una respuesta fiel y generosa a la vocación recibida. Dios ha hecho de él, el profeta de su pueblo. Él se constituye en responsable de un anuncio fundamental para la vida y la historia de Israel. La tarea encomendada a Moisés nadie más la podrá realizar. La vocación-misión de cada persona, no es transferible a otra. Moisés ha escuchado la Palabra de Dios, la ha recibido en su vida, la ha humanizado en su propia historia y la transmite a los suyos.

Moisés es consagrado profeta por Dios mismo. Dios se presenta a Moisés y al presentarse define también su línea de acción. Dios declara por quién hace opción y le pide a Moisés que se sume a su causa. Dios se revela como el Señor fiel, como el Dios que mantiene su palabra por todas las generaciones y se identifica de inmediato como el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

El encuentro de Dios con Moisés no es un hecho cualquiera, es un acto de revelación. Dios se revela y define su proyecto a su elegido: a Moisés. Por medio de ese acto Dios lo constituye en Profeta. Por la mediación de Moisés Dios se da a conocer, en primer lugar, a él como elegido y, en un segundo

momento, al pueblo de Israel. Esta es en definitiva la bella novedad que ofrece el profetismo bíblico: revelar a través de la palabra humana, a través de mediaciones humanas a Dios mismo; al Dios que actúa, actúa y que actuará siempre a favor de su pueblo.

“Si voy a los israelitas y les digo: ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’; y ellos me preguntan: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?” Dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que Soy.” Y añadió: “Así dirás a los israelitas: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros.” Siguió Dios diciendo a Moisés: “Así dirás a los israelitas: Yahvé, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, por él seré recordado generación tras generación” (Cfr. Ex 3,13-15).

“La misión de anunciar a Dios mismo a través de la vida y de la palabra es la tarea fundamental del profeta” (Cervantes, 1994, p. 32). El anuncio profético siempre tiene sus efectos. No es un simple anuncio. “La palabra que proclama el profeta lleva en sí, la fuerza creadora de Dios. Es una palabra que produce confrontación a todos los niveles. Hernández et al. (1992, p. 28). En el caso de Moisés, símbolo del profeta que anuncia, su misión está en liberar al pueblo israelita de las “garras” del faraón y de sus emisarios.

Esta acción realizada por Moisés es el resultado de aceptar la Palabra de Dios con todas sus consecuencias. Esta Palabra, en definitiva, presenta la Justicia de Dios como su más gran anhelo para la vida de su pueblo. Moisés en su anuncio, especifica que el Dios verdadero, no está de parte de la injusticia, ni de la muerte. Que el Dios verdadero es el amigo de la libertad, de la dignidad humana, de las relaciones justas y de la fraternidad universal. Todo este proyecto de liberación está anclado a la revelación del Dios *Yahveh*, que Moisés supo acoger en su vida y que él proclamó asumiendo todas las consecuencias que se derivaban de dicho anuncio.

Solo puede anunciar la persona que ha escuchado. Solo anuncia el ser humano que se ha dejado transformar por la Palabra de Dios. Solo anuncia aquel que se ha abierto a la acción de Dios en su propia vida. Moisés, es el hombre de Dios, es el hombre del Espíritu, es el hombre de la Palabra. Él ha aceptado libremente la propuesta de Dios. Es en ese acto de libertad donde se exprime, en toda su hondura, la misión del profeta. El anuncio que ha realizado Moisés, en favor de la vida de su pueblo y en contra de las graves políticas de avasallamiento de Egipto contra el pueblo de Israel, son expresiones de la escucha profunda que ha realizado el mediador; pudiendo así expresar a través de la primera mediación “*el anuncio*”, el *designio-voluntad de Dios* para su pueblo.

3.2. La traición al plan de Dios se convierte en ‘denuncia’ profética

Cuando se aborda el tema de la profecía bíblica y se indaga en la aportación que han realizado los más grandes especialistas en este tema, es de común acuerdo entre los versados en el tema que:

Un rasgo común a todos ellos era la insistencia en proclamar que la sociedad a la que pertenecían y a la que dirigían su mensaje estaba corrompida. Eran implacables en sus denuncias que alcanzaban a poderosos y a humildes. No tenían ni la más mínima duda de que esa corrupción que veían acampar por todas partes era el resultado de haber abandonado a Dios... (Monloubou, 1983, p. 17).

Con el paso del tiempo, el pueblo de Israel fue traicionando el ideal de justicia que había heredado con la experiencia del anuncio del gran profeta Moisés. El pueblo tomó otro camino rechazando la bondad de Dios, manifestada en libertad y bendición para el pueblo, y se fue detrás de otros dioses imponiendo, -de esa forma- para la vida de los hombres y mujeres del pueblo, la injusticia, la esclavitud y la violencia. Pero como siempre Dios suscitó en medio del pueblo a un hombre: Amós, quien, para distanciarse de la clase profética institucional, que legitimaban la atroz situación en la que vivía el pueblo, declaró: “*No soy profeta, ni hijo de profeta*” (Cfr. Am 7,14). Este distanciamiento de

Amós de ese grupo de profetas al servicio de la institución, lo enmarca de inmediato en fidelidad y adhesión al Dios vivo y verdadero. Él se constituye en el profeta de la denuncia.

Desde hace muchos años terminó la dominación de Egipto sobre Israel. El de Amós es otro momento histórico. Es otro espacio de tiempo. Es otra generación. Es el mismo pueblo elegido, pero ahora es el pueblo que ha traicionado la justicia y el derecho. Pero es en este tiempo, del reinado de Jeroboam II, quien era hijo de Joás y el decimocuarto rey del Reino de Israel, (si se incluye a *Tibni* en el cómputo. Su reinado coincidió con los de *Amasías* y *Azarías* de Judá). Se puede indicar que el tiempo en el que gobierna Jeroboam II, es una etapa de prosperidad y de tranquilidad para el pueblo; el problema se acentúa, pero ahora, al interior del pueblo. Los ricos se volverán más ricos y los pobres cada vez más pobres, la sociedad está *“minada interiormente por corrupción, injusticias, facciones, descontento popular, y amenazada al exterior por las rivalidades de las grande potencias”*. González et al. (1976, p. 78). Amós, como todos los profetas bíblicos, está de acuerdo con que para que esto suceda se tiene que ejercer injusticia en medio del pueblo, se tiene que traicionar el proyecto original de Dios.

Amós, que descubre que las clases sociales se acentúan al interior del pueblo, se vuelve el profeta de la radicalidad y exigencia. Amós se coloca de parte de *Yahveh*. Se declara en total fidelidad al proyecto del Éxodo. Se ubica del lado de las víctimas y desarrolla su vocación en fidelidad a Dios y al pueblo. Él es un profeta independiente. No le debe el don de su profecía a ningún poder político, religioso o económico de la sociedad de su tiempo. Su vocación es un regalo de Dios. Es Dios quien lo llama y consagra como su profeta.

Se puede afirmar, con Asurmendi, que: *“el profeta Amós es el profeta de la justicia, defensor de los pobres y oprimidos”* (Asurmendi, 1989, p. 9). Amós actúa y se descubre como profeta desde su vida cotidiana, *El Señor me sacó de cuidar el rebaño y me dijo: ve a profetizar a mi pueblo Israel”* (Am 7,15). Amós no solamente es un hombre de la sociedad israelita, que está vinculado con el espacio rural, sino que, desde ese espacio, toma conciencia de las cosas injustas que están sucediendo en la vida de la gente de su generación. Amós es el profeta -como todos los profetas bíblicos- que mantiene una firme mirada sobre la realidad que lo rodea. Todo profeta mira con agudeza la historia. El profeta es el hombre que mira la realidad con tal profundidad, que es capaz de indicar el sentido profundo de la historia. Podemos catalogar a nuestro Profeta como *“penetrante observador de los hombres y de la naturaleza, Amós no era ningún patán, sino una persona bien informada que rebosaba de indignación, pasión y severidad”* (Schwantes, 1987, p. 23). Tan grande era el pecado de aquel pueblo y la fidelidad de este hombre como profeta de Dios, que se sintió *“...llamado de forma irresistible a ponerse en cuerpo y alma al servicio de la palabra de su Señor (Am 3, 3-8)”* (Asurmendi, 1989, p. 11). Amós no dudó en denunciar las acciones negativas e injustas manifestadas en la sociedad en la que vivió. Fue el profeta de la fidelidad al proyecto del Dios *Yahveh*.

Amós es considerado el profeta de la justicia. Es claro, de eso no se puede dudar que *“en su mensaje domina un tema: la justicia”*. González et al. (1976, p. 14). Toda su reflexión está cargada de un contenido ético fundamental y su intención es hacer prevalecer el proyecto de Dios en medio del pueblo. Su ministerio profético está muy cerca de los problemas que acontecen dentro de la sociedad de su tiempo. Él logra detectar que el pecado se manifiesta en medio del pueblo como falta de justicia. Y a esta realidad él quiere responder de manera creativa, siempre desde la lógica de Dios.

El profeta responde de inmediato frente a la dura situación que se vive. Él no espera que las cosas se tornen más turbias y más crueles, porque sabe que al final solo quedará el lamento como única alternativa. Amós, siendo fiel a su vocación profética, se pone en marcha contra todas aquellas injusticias que acampan y que han permeado la vida de su sociedad. Responderá, con responsabilidad, a la invitación y designio profético que Dios hizo de él. Su vida misma es una forma histórica concreta de profecía.

El profeta denuncia el proceder del pueblo. Pero su mensaje no solo está dirigido al pueblo de Israel, sino también a los pueblos vecinos con los cuales entabla relaciones. Pero, es más severo

con Israel, porque descubre que *"las riquezas se concentran, huyen de unas manos hacia otras. Las clases sociales se acentúan"*. González et al. (1976, p. 80). El profeta, de frente a todo este descontrol social, *"experimenta horror por el lujo de las grandes ciudades y las excentricidades que los nuevos ricos construyen"* (Beauchamp, 1988, p. 69). Su denuncia tocará todas las esferas de la sociedad: la política, la economía, la religión. Él, como profeta de Dios y hombre celoso por el cumplimiento de la ley del Señor, al detectar la causa del problema, no duda en denunciar sin miedo, en medio del pueblo de Israel, lo que está sucediendo. El profeta tiene la fuerza de Dios. Con su ayuda y con su gracia avanza en el plan-proyecto que Dios le ha encomendado.

La idea del Dios único, es herencia Israelita. Al pueblo de la Biblia le debemos el concepto del monoteísmo. Gracias a Israel el mundo conoció esa nueva realidad dentro de la fenomenología de la religión. *"Amós no es el fundador del monoteísmo bíblico. Pero alerta la atención de su pueblo ante un particularismo que no se puede compaginar con la fe en el Dios universal"*. González et al. (1976, p. 82). Desde tiempos pasados, cuando Dios se reveló a Moisés, se presentó como el *"Yo soy el que Soy... [] ... Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación"* (Cfr. Ex 3,15).

El profeta Amós es claro y concreto. El resumen de todo lo que sucede en medio del pueblo -para el tiempo de Amós- se puede sintetizar en que *"los israelitas habían caído en pecado, abandonando el monoteísmo que exigía su Dios"* (Jaramillo, 1992, p. 35). En la lógica del profeta Amós este gravísimo pecado es el causante de todos los males en medio del pueblo. La predicación que él hace es un llamado a volver al Dios original, al Dios de la liberación, al Dios que escogió a Israel como su propiedad. Cada vez que el pueblo abandona a Dios, abandona al garante de la justicia y al defensor de la vida del pueblo. Esta es la lógica hermosa del monoteísmo. Es la lógica de un único Dios que garantiza la vida digna de sus hijos e hijas.

Ahora bien, el profeta Amós, fue uno de esos tantos que denunció, los pecados del pueblo, la situación de enriquecimiento, el egoísmo acaparador. Pero el horizonte profundo de la crítica de Amós estuvo centrado en la falta de compasión y en la falta de solidaridad a la que llegaron los ricos del pueblo, engegucidos por su riqueza. Amós es consciente de que el modelo de vida que implementaron los ricos de su tiempo mata al pueblo sencillo, al pueblo pobre, haciéndolo cada vez más pobre y colocándolo en estado de miseria e indigencia. Los desmanes que los poderosos hacían, contra los más débiles, condujeron al profeta Amós a no callar. En este sentido su voz, que es voz de Dios, no se detiene: *"él profetiza, es que Yahvé ha hablado y si Dios habla, el profeta no tiene más remedio que profetizar"* (Beauchamp, 1988, p. 74).

Amós fue profeta en Israel entre los años 760-750 a.C. El tiempo de su profecía coincide, como dijimos antes, con el reinado de Jeroboam II. De frente a la realidad injusta en la que se encuentra sumergido su pueblo, él se abre a la experiencia de Dios y responde a la llamada que le hace Dios y profetiza contra la desigualdad injusta que vive la nación. La injusticia es una realidad clara frente a los ojos del profeta: poderosos y ricos que se jactan de su poder de dominio, de su acaparamiento; marginando así, con sus acciones, a los más débiles de la sociedad, dejan una historia de violencia, pobreza y muerte. Amós está de parte de Dios, se percató de la corrupción que hay en los tribunales y profetiza sin temor:

"A los comerciantes (Am 8, 4-8), los jueces (Am 5, 7. 10-12; 6, 12), los responsables políticos y militares y, a su cabeza, el rey (Am 6, 1-3, 13-14; 7, 9), a las damas ricas (Am 4, 1-3), el sacerdote de Betel (Am 7, 10-17). La raíz de las críticas del profeta es siempre la misma que la de Am 2, 6-16: se portan con sus hermanos como explotadores, los consideran como objetos de sus deseos, olvidándose de que el fundamento y la razón de su existencia se encuentran en el Dios de Israel, que exige que se siga el mismo comportamiento. El orgullo de los militares y de los jefes del pueblo (Am 6, 1-3. 13-14) los conduce a la autosuficiencia. Separados de la base de su existencia, el Dios de Israel, oprimen a sus hermanos..." (Asurmendi, 1989, p. 70).

De frente a esa dura y vulgar realidad el profeta Amós se dirige a su pueblo que se ha desligado del verdadero fundamento de la vida, de la fuente de la justicia. De ese abandono a su originalidad viene toda la desgracia para Israel, para el pueblo, para los hombres y mujeres, también para el cosmos. Fue así como Amós se sintió obligado a predicar la Palabra de Dios, por pura vocación divina, en un reino que era floreciente y cuyo apogeo tenía a la base la injusticia; sus estructuras eran corruptas, todo lo habían sustentado en sus propias fuerzas, ellos habían elaborado la propia destrucción, el final era inminente, la catástrofe estaba a la puerta. Pero el pueblo no quería oír hablar de esa realidad. Así fue como Amós vivió su ministerio profético.

3.3. El profeta declara cual es 'el proyecto' de Dios para su pueblo

El proyecto de Dios sólo puede ser entendido en el espíritu bíblico-profético original: el bien común. Es un proyecto que busca favorecer a todos los miembros de la comunidad. Ninguno puede quedar excluido. Que todos tengan vida digna, justicia verdadera. Dicho de otro modo, el proyecto profético consiste en buscar creativamente un éxodo al problema de injusticia, violencia y muerte que se gesta en la comunidad, en las personas que la componen y en las estructuras creadas para sostener la institucionalidad del pueblo.

La profecía bíblica tiene por clave, y por norma, el estar vinculada a la historia y al presente del pueblo. Toda la profecía israelita nació en momentos de crisis, en momentos de dificultad, en momentos de desesperanza o en momentos de situación límite. Por eso los profetas, que se encuentran inmersos en la vida del pueblo, viven la vocación profética de una manera contundente, porque al conocer la situación de primera mano, se esfuerzan por ser fieles a Dios anunciando un tiempo nuevo: el tiempo de la justicia, del derecho y de la paz. La vocación profética se inscribe en la difícil, pero hermosa, tarea de trabajar por la construcción de un mundo mejor para toda la humanidad.

Un verdadero profeta está dispuesto a dar la vida por la causa de Dios. Cuando el profeta ha recibido la vocación, y no pertenece al grupo de los falsos profetas, es decir, a aquellos que falsifican la Palabra de Dios y engañan al pueblo con falsos mensajes y generando falsas expectativas, es capaz de darlo todo ¡hasta la propia vida! Por testificar la palabra que anuncia. El verdadero profeta elabora el oráculo profético, teniendo en cuenta la realidad social, política, religiosa y económica en la que se encuentra. Desde allí pronuncia el plan de Dios; desde ese horizonte revela el proyecto que Dios tiene para su pueblo. Muchas veces este proyecto, lo pronuncia, evocando grandes relatos del pasado, no pretendiendo actualizarlos para el presente, sino más bien para enriquecer en el presente histórico, en el que vivía, el mensaje pronunciado.

A la hora de hablar del Proyecto, es decir, de la tarea profética de anunciar el "proyecto de Dios para el pueblo", llega a la mente la historia de *gracia-pecado* que vivió, a lo largo de su historia, el pueblo de Israel. Nos centramos, ahora, en la persona de Jeremías como uno de los profetas que supo anunciar el Proyecto de Dios para su pueblo, bajo unas condiciones propias de la historia. La vocación de Jeremías es el punto de arranque para captar el tema del Proyecto de Dios. El profeta Jeremías es uno de los profetas que describe su vocación como "*una llamada cósmica*". Es decir, antes de su concepción y de su nacimiento Dios lo destinó a ser Profeta. El mismo Jeremías narra su vocación al comienzo de su libro:

"Entonces me fue dirigida la palabra de Yahveh en estos términos: Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí. Yo dije: '¡Ah, Señor Yahveh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho'. Y me dijo Yahveh: No digas: 'Soy un muchacho', pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte -oráculo de Yahveh" (Cfr. Jr1,4-8).

Jeremías es consciente que toda su vida, depende de Dios y solo de Dios. Él mismo reconoce que ha sido llamado desde antes de existir. Sin embargo, cuando se enfrenta con la historización del llamado,

se siente joven y con miedo, porque no comprende la magnitud de la vocación. Jeremías descubre la llamada cósmica que ha recibido, en medio de las realidades más complejas: su tiempo. Un acercamiento a su biografía y a todo lo que le tocó vivir, indica de manera sincera que el vivir su vocación profética no fue nada fácil. Acerquémonos a los datos biográficos de este grande profeta de Israel:

“Jeremías nació en Anatot, pueblito de Benjamín, a 6 kilómetros de Jerusalén. Su origen campesino va a marcar hechos centrales de su vida, aunque viva en la capital. Predica con ilusión a los campesinos del norte en su juventud. Compra un campo en Anatot cuando ya se está perdiendo la esperanza de vivir en la tierra. Su imagen más profunda de Dios es la de un manantial de aguas, con la duda de si no será un espejismo de aguas falsas... [] ...Sus años de mayor presencia profética ocurren bajo Yoyaquim... [] ...Acusa a Yoyaquim de explotar y asesinar al pueblo; hace denuncias y gestos proféticos ante las élites y el pueblo... [] ...Los últimos años del profeta le toca seguir el destino que el rey Sedecías imprimió a Judá. Jeremías proclama reiteradamente la necesidad de someterse a Nabucodonosor, ‘siervo’ de Yahveh (25,9; 27,6 y 43,10). Pero las élites cortesanas están divididas y la mayoría se inclina por la rebelión, arrastrando la decisión del monarca indeciso; y con ello la catástrofe final de Jerusalén y el destierro de las élites el año 586... [] ...El profeta le advertirá que se trata de una cuestión de vida o muerte, y pocos salvarán la vida (21,8; 38,2; 39,18 y 45,5). Él mismo es de esos pocos de la élite a los que Nabucodonosor concede gracia; pero una facción de los que se quedaron asesina al gobernador Godolías y lo arrastra consigo hacia Egipto. Allí, fracasado y desterrado, debió morir Jeremías no mucho después. Este ‘profeta como Moisés’ acaba realizando un anti éxodo”, que quiso siempre evitar (Cfr. cc.40 44 y 52)”. Cisterna et al. (2000, pp 101-102).

Será en esa sociedad, que se encuentra en caos político, social, económico y religioso, donde Jeremías está llamado a hacer efectiva su profecía. Allí Dios le pide ser palabra viva; palabra que desautorice la injusticia y que proponga el proyecto de la vida y de la verdad. Jeremías es interpelado por la Palabra de Dios. Él tiene que responder a una vocación, a una llamada. Dios le hace una propuesta. Pero al mismo tiempo Dios le pide una respuesta. Él tiene que tomar una decisión fundamental. Dios lo constituye en Profeta. Le encarga una misión. Jeremías es constituido profeta de Dios para anunciar al pueblo el designio salvador de Dios. Designio que contradecía la lógica política y social de su tiempo. Jeremías es el profeta que contradice el sentir popular de rebelión. Va en otra lógica. Pareciera estar contra los justos anhelos del pueblo de rebelarse al poder opresor. El profeta tiene ojos agudos. Su mirada es penetrante en la historia. Él sabe que un mal paso del pueblo, generará una nueva invasión que se traducirá en más muerte, más tragedia, más exilio, más desastre.

El profeta Jeremías tiene la dura misión de contradecir los sentimientos populares. En esto el criterio bíblico es verdaderamente sapiencial. Para la Biblia “*Vox populi, vox Dei*”, no es tenido en cuenta como cierta. Para la Biblia la voz de Dios solo la proclama el Profeta, el elegido, el destinado para esta misión. No existe otra voz de Dios.

Jeremías está puesto para establecer un juicio al pueblo en nombre de Dios. Su denuncia es contra el pueblo. Pero junto a la acción de denunciar, el profeta anuncia un nuevo proyecto. Un proyecto de esperanza que será reconocido como proyecto de la “nueva alianza”. El texto de Jeremías ya indica desde el comienzo, la tarea o misión que tiene que cumplir el profeta:

Entonces alargó Yahveh su mano y tocó mi boca. Y me dijo Yahveh: Mira que he puesto mis palabras en tu boca. Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar. Entonces me fue dirigida la palabra de Yahveh en estos términos: ‘¿Qué estás viendo, Jeremías?’ ‘Una rama de almendro estoy viendo’. Y me dijo Yahveh: ‘Bien has visto. Pues así soy yo, velador de mi palabra para cumplirla’ (Cfr. Jr 1,9-12).

Jeremías tiene profunda claridad que la profecía no puede estar unida a las falsas seguridades del pueblo. No puede existir profecía, para que la gente que la escuche llegue al grado de la “calma”,

de la “paz”. La profecía debe cumplir su cometido: *ser voz de Dios que anuncia, que denuncia y que proyecta*. No puede estar sujeta a las emociones populares, o a los falsos deseos de tranquilidad o a los equivocados modelos espiritualistas. El mismo profeta lo indica, cuando desenmascara al profeta Ananías y condena la falsa seguridad que ofrece al pueblo con su profecía.

Ve y dices a Ananías: ‘Así dice Yahveh: Yugo de palo has roto, pero tú lo remplazarás por yugo de hierro. Porque así dice Yahveh Sebaot, el Dios de Israel: Yugo de hierro he puesto sobre la cerviz de todas estas naciones, para que sirvan a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y le servirán (y también los animales del campo le he dado...’. Dijo también el profeta Jeremías al profeta Ananías: ‘Oye, Ananías: No te envió Yahveh, y tú has hecho confiar a este pueblo en cosa falsa. Por eso, así dice Yahveh: He aquí que yo te arrojo de sobre el haz del suelo. Este año morirás (porque rebelión has predicado contra Yahveh)’. Y murió el profeta Ananías aquel mismo año, en el mes séptimo (Cfr. Jr28, 13-17).

El profeta Jeremías no dice al pueblo lo que quiere oír, tal como lo hacía Ananías. La profecía de Jeremías es fiel al proyecto de Dios. Responde a la lógica de Dios. Se ubica en el horizonte y en el *estilo de Dios*. Los falsos profetas mienten, ilusionan, dicen lo que el pueblo quiere oír. La palabra del verdadero profeta es contundente y penetrante. En el caso de Jeremías, su profecía invita al pueblo a asumir la propia responsabilidad de la historia y a saber descubrir a Dios, que nunca está ausente en las desgracias. “*No es que la catástrofe tenga en sí sentido alguno... [] ... Jeremías intenta que el pueblo entienda y se convierta a Dios*” González et al. (1076, p. 33). No es una tarea fácil. Es un verdadero desafío para el profeta. Pero Jeremías sabe que Dios está con él. Que Dios acompaña su camino. Que Dios orienta el proyecto de su vida.

Conclusiones

Hemos analizado el hecho profético en una parte del Primer Testamento a través de las figuras de Moisés, Amós y Jeremías.

- **Los profetas son hombres llamados y consagrados por Dios para cumplir una misión.** La vocación profética tiene por misión el dar a conocer al pueblo, en fidelidad, el designio, el proyecto, el *estilo de Dios*. A través de los Profetas Dios fue revelando su justicia y la manera como ha soñado la creación y el curso de la historia. Cada profeta, con su vida y su predicación, se colocó de parte del derecho y de la justicia, clamando así por un orden social mucho más humano, donde se respetara el derecho de los hombres y mujeres. Con la coherencia, entre vida y palabra, el profeta muestra el amor y la misericordia infinita de Dios Padre.
- **A través de todos los profetas, Dios se manifiesta a su pueblo.** Es el profeta un mediador. Su vida, su propio cuerpo, su historia, su palabra, la realidad concreta en la que vive... manifiestan el rostro de Dios en una época concreta. Moisés, el grande profeta, anuncia, da la ley al pueblo. Amós el profeta de la denuncia, quien revela el pecado del pueblo: La injusticia que enriquece a unos y empobrece a la gran mayoría del pueblo. Jeremías, quien acabará en el destierro corriendo la misma suerte de su pueblo. A través de cada uno de estos personajes -y de todos los profetas- Dios mismo quiso encontrarse con los seres humanos. Por medio de ellos, Dios ha visitado a su pueblo.
- **Todo en el profeta se convierte en señal de la presencia de Dios.** Podemos hablar que en el profeta Dios se encarna en un tiempo y en un lugar concreto. El profeta como mensajero-enviado es un verdadero puente entre Dios y su Pueblo, y su vocación -muchas veces trágica y conflictiva- consiste en que tiene que llevar a Dios al Pueblo y portar las necesidades del pueblo a Dios. De aquí que, todo cuanto hace es una verdadera profecía; todo en él se vuelva *palabra de Dios encarnada* para el Pueblo. Cada profeta expresa una realidad de amor que Dios quiere vivir con Israel. Por eso en cada profeta bíblico encontramos una lógica bellísima

de la revelación: la vida e historia del profeta, profundiza una dimensión de la relación de Dios con Israel.

- **Los Profetas siempre piden que se vuelva a Dios.** Piden transformación del corazón. Piden conversión. Esta conversión se traduce en un cambio total de vida, en una nueva manera de relación, en una nueva manera de entender el mundo, la sociedad, la política, la religión. Los profetas piden compromisos concretos históricos. Compromisos delante de Dios que se traducen de inmediato en compromisos sociales y comunitarios. No puede haber conversión a Dios si no hay conversión en la manera de proceder y de vivir con los hermanos. El signo claro de conversión que pedirán los profetas es la consolidación de una sociedad más justa y humana. Esta es la única forma, según la lógica profética, en que se puede vivir la total fidelidad al Dios de Israel.

Referencias

- Abrego de Lacy, J.M. (1993). *Los libros proféticos. Vol. 4.* Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.
- Asurmendi, J.M. (1989). *Amós y Oseas. Cuadernos Bíblicos N° 64.* Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.
- Beauchamp, E. (1988). *Los Profetas de Israel.* Estella (Navarra). Editorial Verbo Divino.
- Carrillo, S. (1986). *Los Profetas de Israel.* Bogotá: Editorial Carrera, Bogotá, 1986.
- Cervantes, J. (1994). *Los Profetas, Reseña bíblica.* Estella (Navarra). Editorial Verbo Divino.
- Cisterna, F.E. (Director de colección) y Equipo Bíblico Claretiano. (2000). *“Suscitó Profetas entre sus hijos”, Libros Proféticos, Palabra Misión.* Buenos Aires: Editorial Claretiana.
- De la Torre, G. (2003). *Los profetas escritores de Israel, una clave para comprender la justicia como fundamento y finalidad de toda ética.* Quibdó: Fundación Universitaria Claretiana.
- González, A., Lohfink, N. y Von Rad, G. (1976). *Profetas verdaderos profetas falsos.* Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Hernández, J.M. (1994). *Los Profetas: boca de Dios y voceros del Pueblo.* México: Dabar.
- Hernández, L.V. et al. (1992). *Profetas.* Medellín: Universidad de Antioquia.
- Jaramillo, P. (1992). *La injusticia y la opresión en el lenguaje figurado de los profetas.* Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.
- Monloubou, L. (1983). *Los Profetas del Antiguo Testamento – 43.* Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.
- Pongutá, S. (2008). *Por medio de los profetas.* Bogotá: Editorial Salesiana.
- Schwantes, M. (1987). *Amós, meditación y estudios,* Brasilia. Sinodal.
- Sicre, J.L. (1998). *Profetismo en Israel, El profeta. Los profetas. El mensaje.* Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.
- Sicre, J.L. (2014). *Introducción al profetismo bíblico.* Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.